

cho. Esto será justo, pero, en fin, quemadas estaban y no se puede saber que decían.

P.—¿Cuando respondisteis con cierta vivacidad, y digisteis: «Cómo, miserable, vos osais acusarme!» qué hizo él?

R.—Me miraba con ojos capaces de infundir temor á un hombre honrado.

P.—No habló, ¿no os pareció esto extrordinario? ¿Encontrasteis esto natural?

R.—No he hecho observaciones sobre este punto: ni soy legista, ni médico.

P.—Que estaba aún en un estado lastimoso, es incontestable.

R.—No participo de vuestra opinion.

P.—¿Pues no estais conforme con los médicos, bien que sus observaciones se refieran á hechos constantes?

R.—Me preguntais mi parecer y os doy el mio y no el de los médicos. Creo que Mauricio no estaba enfermo; sé que no estoy de acuerdo con los médicos, pero ya que me preguntais lo que pienso, yo no puedo deciros lo que no creo.

P.—Hoy que habeis pensado mucho en este punto, ya que estais acusado, ¿cómo explicais que guardase silencio aún delante de vuestra rotunda negativa? ¿Que interés podia tener en permanecer mudo?

R.—El de oír y ver cuanto pasaba para jugar mejor su papel.

P.—No os comprendo. ¿Había empezado su papel aquella noche y en vuestra ausencia?

P.—Trataré de hacerme comprender. Mauricio Roux fué encontrado á las siete y media en el subterráneo; oyó lo que se decía en el subterráneo y en el cuarto á donde se le llevó; y esto hasta que nos marchamos. Solo á cosa de las dos y media de la madrugada es cuando se le ocurrió acusarme. Oyó que el uno le había creído muerto, el otro muy malo, mil reflexiones que se hicieron y se hacen siempre en casos semejantes. Nada se le había escapado.

P.—¿Quereis decir que no se decidió á persistir en su papel sino cuando supo que había producido una ilusion suficiente, que se le creía bastante enfermo para que su comedia no saliese mal?

R.—Hay una circunstancia que me alegro recor-

dar. Estaba enfermo; Mr. Surdun le había reconocido la nuca, y no había encontrado en ella nada de particular. A cosa de las dos y media la primera cosa que hace es indicar que tiene algo en la nuca. En la instruccion hemos visto que hizo un signo al estudiante de medicina para que examinara su nuca, y en aquel momento se le vió un desollon.

P.—Dejemos á un lado el golpe de la nuca sobre lo cual volveremos mas adelante. Continuo mi pregunta, ¿visteis á Mauricio mudo y esto no os ha extrañado y hoy dia no os explicais por qué simulaba el mutismo?

R.—No me considero competente para juzgar sobre esto.

P.—Los señores Jurados apreciarán.

El careo se concluye; el juez de instruccion interroga á Mauricio, que persiste en acusaros; entonces llega vuestra palabra «esto me hunde» «c'est écrasant.»

R.—Yo no he dicho tal cosa, yo expliqué mi indignacion en los términos que he referido: por lo demás yo no he visto esa palabra escrita en parte alguna.

P.—No la habeis dicho... esto basta.

R.—Como dije al señor juez de instruccion, tengo tan poca memoria desde que estuve enfermo, que con frecuencia me sucede olvidar hasta el nombre de las personas.

P.—No parecis falto de memoria al contar lo que pasó.

R.—Seria muy ignorante si no pudiese hacerlo: he debido ocuparme de mi asunto y he tenido bastante tiempo durante los ocho meses que hace que estoy preso, y durante veinte y siete dias que estuve incomunicado.

P.—Continuemos. ¿Despues del careo os dejó el juez de instruccion y fué á visitar el subterráneo?

R.—No; yo le acompañé. Al subir me dijo: «Ireis al Palacio de Justicia con la camarera y la portera. Entonces yo seguí al juez de instruccion que quiso fuera con él, mientras el Procurador imperial iba unos treinta metros delante para que no sospechasen que iba conmigo.»

P.—Llegados al Palacio fuisteis objeto de un interrogatorio. Allí afirmásteis de nuevo que á las ocho

y media estabais en el cuarto de vuestra esposa. El juez de instruccion, por si lo ignorais, esperaba para prenderos saber si la indicacion que haciais sobre vuestra presencia en el cuarto de vuestra esposa era ó no cierta. Entonces, bajo vuestra afirmacion, tomó las medidas que conoceis é hizo llamar en seguida á vuestros criados.

R.—Ya he tenido el honor de deciros que hice ir conmigo la camarera y la portera. Estaban en la antecámara del juez de instruccion. Salia yo del despacho con este magistrado cuando les dijo: «Podéis marcharos y volveréis á las dos.» Le observé que «era conveniente que las detúviese;» á lo cual me contestó que «era inútil.» Repliqué entonces: «Si no lo haceis por consideracion hácia mí, hacedlo por consideracion al público.» La policia había espereado la noticia por la ciudad con bastante mal voluntad. Aún ignoraba yo la acusacion de que era objeto que ya la sabia toda la ciudad. El juez de instruccion detuvo á las dos mujeres, les envié que comer y fui detenido antes de que se les hubiese oido.

P.—Es ais en un error.

R.—El juez de instruccion lo ha dicho; bien lo sé, pero la verdad es que yo fui preso á las dos y media. Poco me importa lo que puedan creer los demás; de lo que estoy seguro, es de que fui preso antes de que se oyese testigo alguno y tan solo por el mudo interrogatorio de Mauricio Roux, sin que se tomasen la pena de averiguar quien era ese hombre.

P.—Esto probaria tan solo que el juez de instruccion había quedado suficientemente convencido de que había indicios de vuestra culpabilidad. Pero me parece que él afirma, á pesar de la conviccion que le había producido el interrogatorio, que había suspendido la orden de prision deseando averiguar la exactitud de la coartada invocada por vos antes de tomar una determinacion. Solo despues de haber oido afirmar á la camarera que á las ocho y media vos no estábais en el cuarto de vuestra esposa, fué cuando el juez de instruccion os hizo prender.

Continuemos. Cuando salisteis del Palacio de Justicia volvisteis á vuestra casa. ¿Sabeis que el juez de instruccion, con un objeto que comprendereis perfectamente, hacia vigilar vuestra casa por medio de

gendarmes y agentes de policia, que la rodeaban de tal modo, que si hubieseis querido huir os lo hubiesen impedido?

R.—¡Si yo hubiese querido huir! El señor Armand aprecia demasiado su nombre y su honra para pensar en huir. ¡Aunque le hubiesen puesto en libertad no me hubiese marchado, pues quiero que todo el mundo sepa la verdad sobre las infamias que se han dicho de mí!

P.—Cuando hablasteis en el mismo subterráneo al comisario de policia de la jóven de Alais, digisteis que su visita tuvo lugar á las nueve y media; despues cuando tuvisteis tiempo de reflexionar la señalasteis á las ocho y media, si bien es cierto que según creo, en el proceso se ha fijado que fué á las ocho y media. ¿Por qué cambiasteis de modo de pensar?

R.—Ignorais, señor Presidente, que yo no oí á aquellas gentes. La camarera dijo que alguno había ido á las ocho y media ó las nueve. No presté atencion. Hoy sé que fué á las nueve: tres testigos lo afirman y ahora sé el objeto de aquella visita. Dí esta indicacion al juez de instruccion; se buscó durante mucho tiempo á esas personas, ya vereis de que modo fueron interrogadas.

P.—Pues están citadas; ya prestarán sus declaraciones. Creia que habían ido á las ocho ú ocho y media lo mas pronto: me parecia que esto era lo que resultaba del proceso.

Dejemos el dia 8. Se os detuvo y fuisteis encarcelado á las dos ó dos y media: estos son los hechos. El señor juez de instruccion os interroga al cabo de dos dias: el 10 dejando el dia 9 entre los dos interrogatorios. En aquel dia os preguntó si os afirmabais en vuestras anteriores declaraciones, especialmente si insistiais en estar en el cuarto de vuestra esposa á las ocho y media. Os ratificasteis.

R.—En ese dia me recibió el señor juez de instruccion de un modo tal, que creí habían declarado tres ó cuatro testigos falsos acusándome. Me turbé; le dije: No quiero continuar, nada puedo afirmar, deseo retirarme.

P.—Es un detalle insignificante. Habeis insistido, pero he aquí algo de mas trascendencia. En ese dia hablasteis de simulacion, no creiais en la existencia del asesinato; digisteis que Roux representaba una

comedia, que se había estrangulado y ligado él mismo.

R.—Y era bien natural. Dije que era un miserable; que se había hecho todo aquello él mismo, ó se lo había hecho hacer para obtener una cantidad de dinero; había yo reflexionado y no podía creer otra cosa.

P.—Os pregunto la causa de este cambio en vuestras ideas.

R.—No lo comprendéis! Veo á ese hombre en la posición en que le encontré, pienso que se trata de un crimen; pero cuando veo que me acusa, me digo, es un miserable! Segun él, yo soy un asesino. Siendo inocente yo debía pensar que todo lo que pasó fué una comedia.

P.—Se pretende que sois el asesino!

R.—Nunca habeis tenido en vuestra presencia un hombre mas honrado que yo. Tengo esta seguridad y siempre la he tenido.

P.—Los debates aclararán este punto. De cualquier modo que sea, cuando os veo hablar primero de un asesinato, y mas tarde de simulacion, estoy en mi derecho preguntandoos la causa de un cambio semejante de ideas.

R.—Desde el punto en que me acusa, es un miserable que representa una comedia. Me parece que es una idea bien natural en mí.

P.—No os preocupa el que esa comedia extraordinaria haya podido representarse hasta el punto que lo ha hecho.

R.—No me ha preocupado tal cosa.

P.—Lo que me hace creer lo contrario es que se un día llegasteis hasta pensar que no había estado solo en el cumplimiento de su papel; que había tenido cómplices.

R.—Lo pensé, y si he de decirlo todo, diré que esto se me vino á la cabeza estando solo.

Después de mi segundo interrogatorio, el juez de instruccion me dijo: «Se os vió á las nueve menos cuarto, os desayunabais:» no me dijo que se me hubiese visto bajar y subir del subterráneo. Pensé entonces que ese miserable había podido perderme. Que desgracia tener un criado! prueba que no volvería á tenerlos; mi esposa tendrá como un deber el que yo pueda cumplir mi oferta. Sí, ese hombre podía

haberse entendido con la camarera, con la cocinera, con un inquilino de la casa, con las mujeres que van á la misma, y hacer decir que me habían visto bajar y subir del subterráneo. Pensé en la jóven de Alais que había ido á mi casa. La conducta de esa jóven ya la conoceis; ha tenido una casa poco honrada en Nimes: cuando supe quien era, se me ocurrieron multitud de ideas. Una mañana al despertar, se me ocurrió que aquella mujer había ido tan solo para figurar como testigo; en efecto, había llegado á las nueve; pero por fortuna le habló á su entrada en la casa y la vió salir. Entonces me tranquilicé; había creído que era el testigo que faltaba.

Pertenezco á una honrada y respetable familia, tenía una posición que no he perdido, pues cuento recobrarla. Para atacarme se necesitaba algo mas que la declaración de ese miserable, y esa mujer era el testigo que faltaba para la acusación.

*El señor Procurador general.*—No comprendemos.

*El acusado Armand.*—Yo envié una esquela á mi casa en la que preguntaba si se la había visto subir ó bajar de mi casa. La portera contestó que la había visto subir, bajar y hablar con los criados.

*El señor procurador general.*—La hemos oído y nunca ha dicho que hubiera visto bajar á Roux al subterráneo.

R.—No ha sido interrogada hasta setenta y cinco días después: no podía decirlo.

*El señor procurador general.*—¿Que es lo que suponeis?

R.—Que había ido para ser la cómplice de Roux.

*El señor Lachaud.*—Es una hipótesis y no un hecho. El acusado indica el trabajo de su mente; supone que aquella mujer se había concertado con Roux, que había ido para testificar que había visto bajar Armand al subterráneo; pero que no había podido ejecutar su proyecto porque la portera estaba delante de la puerta.

P.—Hé aquí los cómplices: ya veremos eso. Si-gamos. Terminado el interrogatorio, pensabais que Roux representaba una comedia; hasta habeis dicho que podía tener un cómplice y hecho atar por él. Esto se relaciona con el suceso de la llave. Estais en la prisión: sois interrogado el 13. ¿Sabeis que durante los tres días que transcurrieron entre el 10 y el 13,

Mauricio Roux estuvo gravemente enfermo en el hospital á consecuencia de una crisis que se manifestó de tal gravedad que se creyó su vida en peligro? ¿Sabeis que entonces Roux se confesó, que comulgó, y que en el momento en que iba á recibir la Sagrada Hostia, le interpeló el juez de instruccion de un modo solemne y habiéndole preguntado si persistía en acusaros respondió: Delante de Dios y delante de esta Sagrada Hostia, que voy á recibir, juro que Armand es mi asesino?

R.—No digais que estaba gravemente enfermo: engañó á los médicos.

P.—Que engañó á los médicos! y hasta á la superiora; pues engañó á todo el mundo, hasta á un sacerdote.

R.—Si hubiese estado el capellan que desde hace tiempo lo es del hospital, no se hubiera dejado engañar, y hubiera sido una fortuna. Hubiera podido apreciar aquel acto infame mejor que pudo hacerlo un eclesiástico que desde hacia muy poco prestaba en el hospital sus servicios.

P.—Reconoceis el hecho; ese hecho queda fijado. En ese día 13 habeis tenido con Roux un nuevo cargo, y continuó acusándoos. ¿Os acordais de lo que le dijisteis?

R.—Ante todo debo decir que el juez de instruccion me contó cuanto acabais de decir, y tambien que él y el procurador imperial, que es protestante, lo cual no hace al caso, se habían arrodillado con el mayor recogimiento, y habían quedado muy conmovidos con la escena. Me dió todos los detalles, y añadió que Roux iba á morir, á lo cual contesté: «Continúa la comedia.»—¿Cómo podeis decir una cosa semejante? me replicó.—Pues bien, ocho días después de haber corrido ese peligro de muerte se iba al teatro cada noche!

Si persistió en su declaración la víspera, al comulgar al día siguiente no había de poder decir que él era el autor del crimen!

Llego, pues, llevado por orden del juez de instruccion. El y el procurador imperial se encontraban allí: un solo gendarme presencié la escena, y ese gendarme tuvo compasión de mí, pues al volverme á acompañar me dijo: «A pesar de la posición que ocupo, estoy dispuesto á declarar contra esta infamia.—

¿Veis de que modo soy tratado? le dije.—Ah! señor, os compadezco; pero no me hagais perder mi plaza.»

Al entrar el juez de instruccion me dijo: «Acercaos, Armand, oid lo que dice Roux.»

(El acusado pronuncia estas últimas palabras con animada expresión.)

*El señor Lachaud.*—Calmaos, señor Armand.

*Armand.*—Nadie puede calcular lo que yo sufrí en ese día.

(El acusado está muy conmovido.)

*El señor primer Presidente.*—Continuad.

*El acusado Armand.*—Avanzo y le digo: «Miserable! desgraciado! Insistis en acusarme y habeis comulgado ayer! ¿Quereis engañar tambien á Dios? Sois un canalla!»

P.—Os escedisteis.

R.—Yo no podía aguantar mas; entonces dijo Roux: «Haced que se acerque ese miserable para que yo le humille.» El juez de instruccion me dijo: «Adelante.» Yo no quería, pero él me obligó. Roux me insultó y me dió un puntapié.

P.—¿Un puntapié?

R.—Juro que me dió uno: me humilló; debí retirarme, y el gendarme me dió algo para que me animase. No se formó proceso verbal sino cuando yo me ausenté, no podía aguantar mas. El juez de instruccion me dijo: «Miserable, ¿quereis acabarlo de matar?» Os lo confieso, no sé como pude soportar semejante trato. Os lo repito, el gendarme que me acompañaba no pudo menos de decirme: «Cuánto os compadezco!»

P.—Lo que hay de cierto es que contestasteis á Mauricio Roux con una gran violencia.

R.—El proceso verbal se escribió cuando yo me había ausentado. Cuando yo me acuerdo de aquella escena tengo motivo para volverme loco. Si no he perdido la razón, es porque Dios no ha querido, á fin de que pueda vengarme de esta infame acusación...

(El acusado está de tal modo conmovido, que no puede continuar.)

*El señor primer Presidente,* (al acusado).—Sentaos. Cuando esteis suficientemente tranquilo, continuareis.

(Al cabo de algunos momentos, el señor primer Presidente continúa el interrogatorio.)

P.—En esa escena que tuvo lugar cerca de la cama de Roux, no dijisteis entre otras cosas: «¿Pero por

qué os habria yo asesinado, Roux?» Entonces él os contestó: «Lo ignoro; pero dilo tú, pues tú solo lo sabes.» ¿Os acordais de esto?

R.—No puedo acordarme; pero convengo en que lo haya dicho.

P.—¿Respondió tuteándoos?

R.—Pues esa es una de las cosas que me indignaron!

P.—¿Vos no le tuteabais cuando le preguntais: «Por qué te habia yo de asesinar?» y os dice: «Lo ignoro; pero dilo tú, pues tú solo lo sabes.» ¿No os acordais?

R.—No, señor. Ya he tenido el honor de deciros que el proceso verbal se hizo despues que yo me marché, y por lo tanto mucho tiempo despues de la escena.

P.—Os acordais tan solo de que os tuteó. Prolongándose, como hemos visto, la escena de la confrontacion, ¿sabeis lo que el señor Dupé, médico de la facultad de Montpellier, que habia observado al enfermo desde que entró en el hospital, dijo al juez de instruccion?

R.—No; el señor Dupé no llegó mientras estábamos allí; llegó cuando el interrogatorio estaba concluido.

P.—Si esto no ha pasado ante vos no lo podeis saber; pero os diré que segun el proceso el señor Dupé dijo: «Es preciso que el careo no se prolongue; el estado de Roux es demasiado grave, una escena semejante pondria su vida en peligro;» de lo que deduzco que si Mauricio Roux representaba una comedia, engañó á todo el mundo.

R.—Pues engañó á todo el mundo!

P.—Hemos concluido con los puntos principales del proceso; hago alto en esta última confrontacion, y sigo el orden de los hechos. Vuestra causa ha seguido su curso; debiais ser juzgado en el mes de Agosto; el 7 de Julio se cometió el crimen, puede llamarlo crimen, pues ya digais ó no la verdad, resulta siempre que hay un delito. Solo falta saber quien de los dos, si Mauricio Roux ó vos, dice la verdad.

R.—En efecto, hay que escojer entre él y yo.

P.—Es, pues, el día 7 de Julio aquel en que ocurrió el suceso, y el 20 de Agosto estabais citado

para comparecer ante el tribunal de los Assises.

R.—Habia estado 27 dias incomunicado, y por lo tanto sin ver á nadie.

P.—¿Fuisteis vos quien solicitó la dilacion para que se viera vuestra causa?

R.—¿No era necesario que me defendiese?

P.—¿De modo que no quisisteis ser juzgado el 20 de Agosto, porque no estabais en estado de defenderos?

*El señor Julio Favre.*—Fuí yo el que no quise, y tomo sobre mí toda la responsabilidad.

*El acusado Armand.*—Entonces dije á todo el mundo, porque estaba seguro de ello, que no se me podia condenar.

*El señor primer Presidente.*—Quería esclarecer este punto, á saber: que la vista de la causa estaba señalada para el 20 de Agosto, y que no se pudo ver porque la defensa no estaba preparada, esto es exacto. El 18 de Noviembre debisteis ser juzgado, ¿por qué no lo fuisteis en ese dia?

R.—Porque no quise.

P.—No contestais á mi pregunta... Sois demasiado inteligente para no comprender lo que quiero preguntar. Quiero hablar del segundo atentado de que fué víctima Mauricio Roux, y os pregunto por qué el 18 de Noviembre, habiéndose empezado la vista no se continuó y fué dejada para otra sesion?

R.—El señor Presidente recordará que no me habia preguntado aún sobre ese punto. Contesto que la dilacion ha sido solicitada por nosotros, fundada en lo que acababa de pasar.

P.—A decir eso es á donde yo os queria llevar.

R.—Estaba yo preso; vinieron á decirme lo que pasaba, que Roux habia sido acometido por alguno, por un caballero bien puesto, que hablaba francés y con quien se encontró de noche, el cual, despues de pasear largo rato con él, le dió un golpe detrás de la cabeza.

P.—Ese es el hecho. Como consecuencia de ese suceso, al dia siguiente, no sabiéndose en los Assises si podria Roux declarar como testigo, se pidió en vuestro nombre se dejase la vista para otra série de sesiones. ¿Sabeis algo sobre aquel hecho?

R.—Sé mucho; he leído la instruccion.

P.—¿Qué sabeis mucho? ¿Sabeis, en efecto, que Roux recibió un golpe violento en la cabeza?

R.—No, señor.

P.—¿Qué el golpe fué bastante violento para que llegase á correr su sangre?

R.—Nunca he llegado á saber que la sangre corriese.

P.—Yo lo he sabido: la sangre corrió. ¿Sabeis que Roux de resultas de ese golpe estuvo diez y siete ó diez y ocho dias enfermo, tiempo que es el de la du-

racion de la enfermedad propiamente dicha, y que la acusacion cree que Roux está aún gravemente enfermo de resultas del golpe que recibió? Los médicos os dirán cual es su estado; no os pregunto sobre esto, os pregunto tan solo si sabeis que la tentativa produjo graves consecuencias.

R.—No he sabido que tuviese la menor gravedad. He sabido que siempre ha sido lo mismo.



Armand se encontraba en un estado de desesperacion indecible, el enfermo estaba fatigado.

P.—Eso es lo que queria que dijeseis.

R.—Me extraña que el señor Presidente, que conoce el negocio, me haga una pregunta sobre este asunto. Me extraña en extremo.

P.—Deseo saber la opinion que teneis formada sobre este segundo atentado: vuestra creencia es que este segundo atentado es una comedia como el primero.

R.—Eso es visible.

P.—Segun vos, la segunda vez ha simulado Roux un asesinato; ¿era la continuacion de su papel?

R.—Era porque no queria venir, como no ha venido hoy porque no ha querido.

TOMO II.

P.—Le veremos mañana.

R.—Mucho me temo que no llegue á venir.

P.—Os anuncio que usaré de todos los medios que están en mi poder á fin de asegurarme de la realidad de su estado.

R.—Os doy mil gracias, señor Presidente.

P.—Me interesa justificar si representa aún una comedia; no os quepa duda que sobran medios para saber si un hombre está ó no realmente enfermo: siempre hay ciertas cosas que no pueden engañar á los facultativos.

R.—Pues bien: hace tiempo que les engaña!

P.—Me asombráis: ¿cómo es posible engañar hasta ese punto á las personas del arte?

R.—Me faltaba el tiempo para deciros lo que voy á decir ahora. Cuando el segundo atentado tuvo lugar se encontraba en Montpellier el señor Tardieu. Tiene un nombre tan grande que se nos ocurrió, á mis defensores y á mí, que no sería malo para la justicia, á fin de que cambiase de camino si era posible, el que el señor Tardieu fuese admitido para ver al enfermo. Pedimos, pues, al señor juez de instrucción y al señor procurador general que se sirviesen conceder el permiso al señor Tardieu. Esta súplica, hecha primero de palabra, se hizo despues por escrito y por medio del ugiar. Me disgustó mucho, os lo confieso, que no se quisiese acceder á esto en justicia. Lo sentí en extremo.

P.—Vendrá el enfermo, y no sereis juzgado sin que sea oído, así lo espero. El señor Tardieu se encuentra aquí tambien, y podrá verlo. Podeis estar tranquilo; no procederemos precipitadamente, y todos mis esfuerzos se dirijirán desde el principio al fin de los debates á hacer que quede patente la verdad. No tengo otro interés ni otro objeto; estad seguro.

R.—Os doy las mas expresivas gracias, señor Presidente, por los deseos que os animan.

P.—Resulta que, segun vuestra opinion, el golpe del 17 de Noviembre fué simulado, y que Mauricio Roux se lo hizo dar por un cómplice.

R.—Os diré que una persona que me conocia y me queria mucho, la cual falleció desgraciadamente en el mes de Noviembre, tuvo la feliz idea, al saber por la mañana, al despertar, el suceso, de ir á visitar el sitio donde ocurrió, encontrando precisamente en el sitio donde fué á caer ese miserable, una piedra que era la única que habia en toda la calle... esa persona pidió á su yerno que se presentase aquí á dar su declaracion... Tal vez hago mal en decir lo que voy á decir ahora; pero hice saber al juez de instrucción que habia en Montpellier varios individuos de Alais, que habian llegado á las diez y media de aquella misma noche, y á los cuales se podia haber interrogado.

P.—Los individuos de Alais comparecerán. Debo suponer despues de lo dicho que, segun vuestra opi-

nion, Mauricio Roux se dió el golpe ó se lo hizo dar por individuos de Alais.

R.—No acuso á nadie.

P.—Ya lo sé; no acusais á nadie excepto á Roux.

R.—Nadie sino á Roux. Habia un hombre que me queria mucho por haberle prestado yo varios servicios, lo que nada tiene de extraordinario, el cual vió á Mauricio solo en la calle.

*El señor procurador general.*—¿Habeis hecho que conste eso que decís?

R.—El señor juez de instrucción ha podido saberlo como yo, pues tomó todos los informes posibles: y sobre este punto le dije: «es bien triste que hayais puesto los ojos sobre una familia respetable como la nuestra, y que hayais empezado por interrogar á mi familia, y carear mi sobrino y todos mis parientes.»

*El señor primer Presidente.*—No queria creer en la denuncia que pesaba sobre vos, é hizo toda clase de esfuerzos para que Roux se retractase. Leyendo su proceso verbal vereis los esfuerzos que hizo para formar su opinion.

R.—Me atrevo á suplicar al señor Presidente que se sirva ordenar la lectura del proceso verbal.

P.—Ya lo veremos mas adelante, esos son detalles de los que prescindo por el momento. Continúo el interrogatorio. Creo que debo considerar como un hecho fijado por vos, que el segundo golpe fué simulado como el primero.

R.—Y del modo mas evidente.

*El señor primer Presidente,* continuando—... Ya se lo haya dado él mismo, ó se lo haya hecho dar por un tercero.

*El acusado.*—Mil gracias; eso es precisamente lo que yo queria decir.

P.—La causa fué, pues, dejada para la série de sesiones siguientes. ¿Se os ocurrió entonces pedir la declinatoria de jurisdicción del tribunal de los Assises del Herault?... Decid por qué.

R.—El señor Julio Favre lo aconsejó.

P.—No se lo puedo preguntar, y es libre de decirlo ó no, segun lo crea necesario; por eso me dirijo á vos que no podeis ignorarlo.

R.—Yo me opuse cuanto es posible; queria ser juzgado por mi fuero y en mi domicilio; escribiase

periódicamente al señor Julio Favre lo que pasaba; pero estando presente el señor Lachaud cuando se empezó la segunda causa, él fué el que principalmente me decidió á suplicar la declinatoria.

*El señor Lachaud.*—Es cierto.

P.—No quisisteis ser juzgado en Montpellier.

R.—Fué á pesar mio el que no fuese juzgado allí. Si supieseis cuantas lágrimas vertió mi esposa, y cuantos esfuerzos tuvo que hacer mi familia para decidirme!

P.—Necesario es que estos señores sepan que si estais delante de nosotros, es por qué pedisteis al tribunal de Casacion, que admitió vuestra demanda, hiciera declinar la jurisdicción al tribunal de Montpellier. El tribunal de Casacion os ha enviado á este tribunal.

R.—¿Me permitís una sola reflexion? Desgraciadamente se ha ocupado mucho de mi causa el público sin que yo lo supiese; no hablaba sino de esto. Se decia que indudablemente yo seria absuelto; pero que se me condenaria á pagar una indemnización, que era necesario que se fallase así. Mis defensores tuvieron noticia de esas indiscreciones, y por eso quisieron que el tribunal de Montpellier declinase su jurisdicción.

*El señor Lachaud.*—Fué la providencia del tribunal de Montpellier, señor Presidente, la que bastó al tribunal de Casacion para ordenar el que se desprendiese de la causa. Cuando el tribunal de Montpellier providenciaba la suspension por los motivos en que se fundaba, era evidente que no podia hacerse justicia de una manera tranquila en aquel país; hé aquí por qué estamos ahora ante vosotros. Yo fui el que pedí la suspension hasta otra série de sesiones, contra el parecer del señor Armand. Cedió, porque yo quise que cediera, porque le dije que cuando yo tenia el honor de defender á un acusado como él, era necesario que creyese en mi palabra, y me creyó. Cuando pedimos la suspension hasta otra série de sesiones, por legítimas sospechas, el señor Julio Favre lo exigió; escribió que opinaba como yo, y que encargados de proclamar su inocencia, era preciso que nos presentásemos ante jueces que quisiesen escuchar con frialdad cuanto teníamos que decir.

P.—Podeis estar seguro que encontrareis aquí justicia tranquila é imparcial.

Hé aquí, segun he entendido, el resumen de la causa que se ha de fallar. Se encontró á Roux, por la noche, en un subterráneo, en un estado lamentable, esto bien es necesario, Armand, que lo admitais.

R.—Nunca!

P.—Estaba próximo á la muerte. Pues bien: es necesario ó que fuese asesinado por vos, ó por otra persona distinta de vos, ó que él lo haya simulado. Me parece que resulta de vuestras declaraciones que no creéis ya en un asesinato. Negais el haberlo cometido vos mismo, y no creéis que haya otro asesino. Hoy estais en extremo encastillado en vuestro sistema de defensa. ¿Es Mauricio Roux quien ha simulado el asesinato?

R.—Estoy tan seguro como de mi existencia.

P.—¿Con qué objeto?

R.—Con el de sacarme dinero. Espera ese dinero para comprar un café.

P.—¿Os lo ha pedido alguna vez?

R.—Quería pedirmelo á la fuerza. ¿No fué á casa del señor Bertran para tratar de hacérmelo pedir?

P.—Pero si os pedia dinero renunciaba tambien á su acusacion. ¿Os habia pedido alguna vez hasta entonces?

R.—No.

P.—¿Tenia mas que otro necesidad de dinero?

R.—Tenia grandes necesidades. Decia que todas las noches iba al Casino.

P.—¿Jugaba?

R.—No lo sé.

P.—¿Era disipador?

R.—Si le hubiese conocido defectos no le hubiese tomado. Os diré lo que ha pasado con relacion á su moralidad. Es una desgracia que los periódicos hayan hecho esta vez lo que no hacen nunca, que hayan publicado los nombres y hecho conocer las cosas que no eran ciertas; testigo de ello el *Messenger du Midi*, el cual dijo que yo habia bajado al subterráneo con mi criado.

P.—Dejemos los periódicos á un lado.

R.—Pues el decir eso ha impedido que muchas personas se presenten á declarar. Cuando se les ha